
D. 26 del tiempo ordinario / C

Las lecturas de este domingo van en continuidad con los textos del domingo pasado. La semana pasada Jesús nos decía que no podíamos servir a Dios y al dinero. Hoy nos presenta un doble camino para la vida según hagamos uso de las riquezas en este mundo. En teoría, todos los cristianos preferimos los dones celestes frente a los bienes terrenos. Sabemos que en verdad son aquellos los que nos dan la felicidad. Sin embargo vivimos inmersos toda la semana en un ambiente que, normalmente, no potencia los valores evangélicos. Y debemos contrarrestar todo este “bombardeo” semanal con una hora de misa dominical. Tendríamos que invitar a nuestros feligreses a que a lo largo de la semana hicieran, cada día, un momento de oración al comenzar o al finalizar la jornada, leyendo un fragmento del evangelio, repasando los acontecimientos que viven a la luz de Dios... Algo que mantuviera la tensión cristiana que queda ahogada por el estilo materialista y pragmático de nuestra sociedad.

*** JESÚS PRESENTA UN CAMINO SERIO**

Seguir a Jesús supone tomar un camino serio. Es una opción fundamental de la vida que configura la existencia. Los evangelios de estos últimos domingos nos muestran cómo la vida que Jesús propone no puede compaginarse con el estilo de vida que ofrece el mundo: los valores que Jesús impone no son los valores que rigen la humanidad. Al retomar nuestras actividades cotidianas tras el paréntesis del verano podemos evaluar en qué situación se encuentra nuestra vida cristiana y proponernos los pasos a dar a lo largo del curso para seguir avanzando en nuestra configuración con Cristo.

*** EL MAL USO DE LAS RIQUEZAS**

Jesús vuelve a recordarnos el peligro que conlleva el mal uso de las riquezas, el domingo pasado también hablaba de este tema. La parábola del pobre Lázaro y del rico Epulón nos trasmite cómo el comportamiento del hombre le puede conducir a la salvación o a la condenación tras esta vida. Lo peligroso no es ser rico o no. Lo peligroso es que la riqueza nos lleve a pensar solamente en nosotros mismos, a desear una vida cómoda y plácida, y no ver las necesidades de los que nos rodean, aquellos que tienen la predilección de Dios: los oprimidos, los hambrientos, los cautivos, los ciegos, los que se doblan, los peregrinos, los huérfanos, las viudas... (cf. salmo responsorial). El profeta Amós, en la primera

lectura, afirma que el problema de los que viven en la opulencia es que no son capaces de ver más allá de sí mismos: “no os doléis del desastre de José”.

* ¿SOMOS NOSOTROS SOLIDARIOS?

La enseñanza que nos trasmite la primera lectura y el evangelio, es una llamada de atención personal que nos lleva a reflexionar sobre la preocupación y atención que damos a nuestros semejantes. Que no se nos pueda acusar de falta de solidaridad. Que no se pueda decir de nosotros que no pensamos ni en Dios ni en los demás. Que no seamos de los que hacen un uso egoísta de los bienes propios.

Más allá de que seamos ricos o no, todos tenemos algo para compartir, mucho o poco. Siempre podemos encontrar alguien que tenga menos que nosotros.

* ¿DÓNDE PONEMOS NUESTRA CONFIANZA?

Podríamos preguntarnos dónde ponemos nuestra confianza. Podríamos analizar nuestra vida y ver si se parece más a la del pobre Lázaro o a la del rico Epulón. Podemos estar apegados a las cosas secundarias y, al final, arruinar nuestra vida. Nosotros todavía estamos a tiempo de “escuchar a Moisés y a los profetas” para “conseguir los bienes del cielo” (oración colecta). El deseo de hacer realidad las promesas divinas (cf. oración colecta) debe manifestarse en acciones concretas. San Pablo en el fragmento de la primera carta a Timoteo que hoy leemos en la segunda lectura nos da un elenco: “practicar la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la delicadeza”.

* AGUARDAMOS LA MANIFESTACIÓN DEFINITIVA DEL SEÑOR

San Pablo pide a Timoteo que guarde “el mandamiento sin mancha ni reproche, hasta la manifestación de nuestro Señor Jesucristo”. Nosotros somos receptores de su palabra y también debemos vivir cristianamente en la espera definitiva de Cristo, “el único poseedor de la inmortalidad que habita en una luz inaccesible”, para que “participemos de la herencia gloriosa de tu Hijo” (oración después de la comunión), esto es, de su vida inmortal en el reino de la luz.

□ JOSÉ ANTONIO GOÑI